

## Monkton el loco

Textos: Wilkie Collins  
Ilustraciones: Fidel Martínez  
Traducción: Óscar Palmer  
Astiberri Ediciones. Bilbao, 2010  
Blanco y negro. Cartoné  
288 páginas. Tamaño 17 x 24 mm. 20 euros  
Colección Clásicos Ilustrados de Astiberri  
ISBN: 978-84-92769-38-4  
A la venta el 16 de abril

## Fidel Martínez revisita el mundo de Wilkie Collins

***Monkton el loco, junto con El mundo perdido, de Arthur Conan Doyle, inauguran la nueva colección de Clásicos Ilustrados de Astiberri***

*Monkton el loco*, una obra del escritor inglés Wilkie Collins con ilustraciones del dibujante sevillano Fidel Martínez abre —junto con *El mundo perdido*, de Arthur Conan Doyle, revisitado por Sagar Forniés— la colección Clásicos Ilustrados de Astiberri, donde una novela completa o una recopilación de relatos de un autor de referencia de la literatura es interpretada gráficamente a lo largo del libro con una serie de ilustraciones principalmente a toda página por un dibujante de cómics.

Encabezada por *Monkton el loco*, los cuentos reunidos en esta antología de Wilkie Collins, autor coetáneo y amigo personal de Charles Dickens —no en vano, fue al autor de *Oliver Twist* a quien le debe haberse dado a conocer popularmente—, tienen en común un tono socarrón, que en ocasiones tiende incluso a lo paródico, y un marcado acento cotidiano.

En sus páginas se puede apreciar el instinto de Collins para el suspense y su habilidad para alargar, retorcer, hilvanar y reinventar sus enrevesadas tramas, que le hicieron merecedor de elogio y admiración por parte de autores tan dispares como T.S. Eliot o Jorge Luis Borges, quien le tenía por el «maestro de la intriga».

Unos relatos a los que Fidel Martínez se ha acercado con respeto y pasión a partes iguales para regalarnos unas ilustraciones con evocadores trazos negros y grises sobre blanco que, aunque remiten a maestros del dibujo como Alberto Breccia o José Muñoz, demuestran una manifiesta personalidad propia.

Con esta propuesta, Astiberri pretende dar un paso para estrechar vínculos entre clásicos literarios y autores de cómic, aportando una visión iconográfica inédita hasta la fecha, en la que el ilustrador es también un narrador de oficio que busca ser respetuoso con la tradición y a la vez contemporáneo.

La colección de Clásicos Ilustrados de Astiberri tendrá continuidad los próximos meses con títulos como *Solomon Kane*, de Robert E. Howard, con ilustraciones de David Rubín, o *El Golem*, de Gustav Meyrink, que contará con el trabajo gráfico de Santiago Valenzuela.

**Wilkie Collins** (Londres, 1824-1889) recibe una amplia educación y tiene la posibilidad de viajar a menudo al extranjero, tal y como se asegura de proporcionarle su padre William, pintor de cierta fama en su época. En 1851 conoce a Charles Dickens, quien será su mayor influencia literaria. Desde un semanario dirigido por éste, *All the Year Around*, publica por entregas apasionantes novelas sobradas de intriga y emoción como *La dama de blanco* (1860), *Sin Nombre* (1862), *Armada* (1866) o *La piedra lunar* (1868). Como buen escritor victoriano, Collins demuestra cierto interés por lo macabro, por lo que no es de extrañar que su afición juvenil a la novela gótica le haga encariñarse con los relatos de fantasmas. No obstante, su peculiar racionalismo y su acusada preocupación por los temas sociales le llevan a abordar la narrativa fantástica con un estilo realmente único, tal y como se puede comprobar en *Monkton el loco*.

**Fidel Martínez** (Sevilla, 1979) compagina su labor de ilustrador con la de historietista y diseñador gráfico y multimedia. Gana el primer premio en el Certamen de Cómic e Ilustración del Injuve de 2003. Es nominado al autor revelación y a la mejor obra por *Cuerda de presas* (Astiberri, 2005) en el Salón Internacional del Cómic de Barcelona de 2006 –obra que será posteriormente editada en Francia–, en la que, junto al guionista Jorge García, recrea la vida de las presas políticas españolas durante los primeros años de la dictadura franquista. Con *Hacerse nadie* (Ariadna, 2007), un sentido homenaje al género de la serie negra más clásica, vuelve a colaborar con Jorge García, al tiempo que también firman ambos la serie *Enviado especial* en la desaparecida revista *Humo* (Astiberri, 2006-2007), con un reportero de prensa escrita como protagonista.

WILKIE COLLINS

depresión que me había asaltado en Fondi. Todo estaba a nuestro favor; y todo el mundo a bordo del bergantín se mostraba animado. El capitán estaba encantado con el navio; la tripulación (italianos y malteses) se mostraba feliz ante la perspectiva de realizar un viaje corto y bien pagado en un bajel repleto de provisiones. Tan sólo yo sentía el corazón apesadumbrado. No había una razón válida que me explicara la melancolía que me oprimía, y sin embargo cualquier esfuerzo por resistirme a su influjo fue en vano.

Ya durante la primera noche en el mar, hice un descubrimiento que desde luego no estaba especialmente pensado para restaurar mi equilibrio emocional. Monkton estaba en su camarote, junto a la caja que contenía el ataúd, y yo pasaba por la cubierta. El viento había disminuido casi hasta la calma total, y yo contemplaba perezosamente cómo las velas del bergantín golpeaban periódicamente contra los mástiles, cuando el capitán se me aproximó y, alejándose de los hombres del timón, me susurró al oído:

—Algo pasa con la tripulación. ¿Se ha fijado usted en lo silenciosos que se han vuelto los hombres desde poco antes de la puesta de sol?

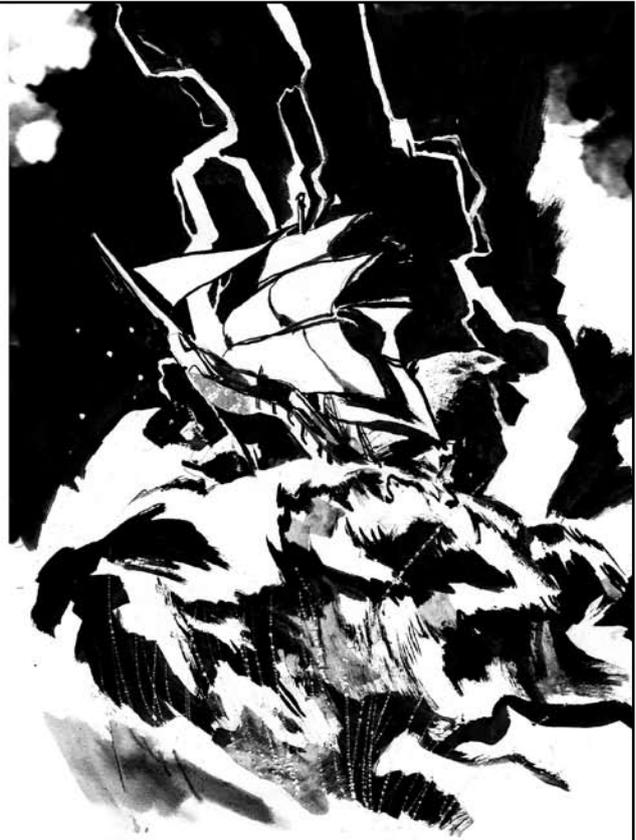
Efectivamente, lo había observado, y así se lo dije.

—Hay un chico maltés a bordo —continuó el capitán—... muy listo, pero no demasiado disciplinado. He descubierto que les ha estado contando a los hombres que hay un cadáver en el interior de esa caja que lleva su amigo en el camarote.

Mi corazón dio un vuelco al oír aquello. Conociendo la irracionalidad supersticiosa de los marineros, especialmente la de los marineros extranjeros, había tomado la precaución, antes de que el ataúd fuese embarcado, de extender a bordo del bergantín el rumor de que la caja contenía una valiosa estatua de mármol que el señor Monkton tenía en gran estima, por lo que no estaba dispuesto a perderla de vista. ¿Cómo habría podido descubrir aquel muchacho maltés que la pretendida estatua era en realidad un cuerpo humano? Al reflexionar sobre aquella cuestión, mis sospechas se dirigieron hacia el criado de Monkton, que además de hablar un fluido italiano era un chafardero incorregible. Cuando le acusé de habernos traicionado, el hombre negó toda responsabilidad; pero yo nunca creí su negativa. Y aún hoy sigo sin creerla.

—Puede estar seguro de que el pequeño diablo no dirá de dónde ha saci-

72



WILKIE COLLINS

El sonido de aquella lamentable voz, asaltando nuestros oídos, aterrorizó a mi bella amiga. Perdió todo su encantador color en un instante.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Quién está en esa habitación?

—Un inglés loco.

—¿Un inglés?

—No te preocupes, ángel mío, yo haré que se calle.

La lamentable voz volvió a llamarme.

—¡Rigobert! ¡Rigobert!

Mi hermosa amiga me agarró del brazo.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Algo que me llamó la atención se reflejó en su rostro al hacerme aquella pregunta. Un espasmo de celos me sacudió el alma.

—¿Le conoces? —dije.

—Su nombre! —repetió ella vehementemente—. ¡Dime su nombre!

—Francis —respondí.

—Francis ¿qué más?

Me encogí de hombros. No podía recordar, y mucho menos pronunciar, aquel bárbaro apellido inglés. Sólo pude decirte que empezaba por «R».

Ella se echó hacia atrás en su silla. ¿Acaso iba a desmayarse? No: se recobró; e incluso recuperó más color del que antes tenía. Sus ojos brillaban majestuosamente. ¿Qué quería decir todo aquello? ¿Pese a lo profundamente que entiendo a las mujeres en general, estaba completamente desconcertado por *aquella* en concreto?

—¿Le conoces? —repetí.

Ella se rió de mí.

—¿Qué tontería! ¿Cómo iba a conocerle? Ve y haz que se calle ese desgraciado.

Tenía mi espejo allí al lado. Un simple vistazo me confirmó que ninguna mujer en su sano juicio podría preferir al inglés antes que a mí. Recuperé mi autoestima. Me apresuré a acudir junto al lecho del inglés.

En el momento en que aparecí señaló nerviosamente hacia mi habitación. Me arrojé con un torrente de palabras en su idioma. Pude adivinar, por sus gestos y su apariencia, que de algún modo incomprensible había adivinado la presencia de mi invitada. Y más extraño aún: se mostraba asus-

248

